

LA HISTORIA ENTRE VERDADES 'DISCUTIBLES' Y MERCADO DE LAS NOTICIAS

*History between 'disputable' truths
and news supermarket*

PIERO BEVILACQUA

En un contexto cultural en el que los temas históricos se han convertido en una simple mercancía, Italia es además un interesante ejemplo de uso político de la Historia con una ambiciosa finalidad estratégica de dimensión europea: volver a definir la legitimidad de las grandes transformaciones de la edad contemporánea, especialmente, las que van desde la Revolución francesa, a la Revolución de Octubre, hasta el movimiento de Resistencia antifascista. En este sentido, la obra del historiador Renzo de Felice sigue siendo objeto de debate y punto de partida de una constante discusión ideológica.

In a cultural context in which historical matters have become a simple merchandise, Italy is also an interesting example of political use of History with a clear and ambitious strategic purpose with an European dimension: to redefine the legitimacy of those big transformations of contemporary times, specifically those included between French Revolution, the October Revolution and the antifascist resistance movement. In this sense, the work by the historian Renzo de Felice is still object of controversy and the starting point to an intense ideological debate.

PIERO BEVILACQUA, historiador y profesor en La Sapienza, se ha dedicado al estudio, entre otros, de la historia de la Italia meridional, la memoria republicana o la emigración italiana. Es autor de obras de la relevancia de *Le Campagne nel Mezzogiorno tra fascismo e dopoguerra: il caso Calabria* (Einaudi, 1980) o *Breve storia dell'Italia meridionale dall'Ottocento ad oggi* (Donzelli, 1993)

Palabras clave:

- Historia italiana
- Revisionismo
- Renzo de Felice
- Uso político
- Mito

Keywords:

- Italian History
- Revisionism
- Renzo de Felice
- Political use
- Myth

El presente artículo fue publicado por primera vez el 19/05/2009 en la revista *Giornale di Storia* (ISSN 2036-4938), www.giornaledistoria.net

Creo que el argumento central, el tema-guía de este volumen -y evidentemente también el objeto principal de nuestra discusión- queda expresado en el subtítulo del libro *Vero e falso. L'uso politico della storia* (Donzelli, 2008). Yo, que no soy estudioso de la antigüedad como Luciano Canfora¹, creo también que se trata de un problema tan antiguo como las sociedades humanas. Y sobre ello quiero introducir un recuerdo personal, imitando así a una de las autoras del libro, Maria Grazia Pastura, que en su ensayo ha presentado recuerdos personales

muy sugerentes y adecuados.² La primera vez que reparé en el uso político de la historia fue exactamente en referencia al mundo antiguo. De joven, cuando era estudiante universitario, estaba preparando el examen de Historia Romana en la Facultad de *Lettere* de la Sapienza con Santo Mazzarino y me deslomaba con los dos volúmenes de *Il pensiero storico classico*.³ Y digo "me deslomaba" porque quien conoce esta gran obra sabe que es una inaccesible montaña de erudición en la que uno se puede perder y que, sobre todo, es hostilmente inadecuada como texto de examen.

¹ A partir de ahora, para las referencias a Luciano Canfora se remite a la contribución del autor presentada en esta misma sección de la revista: L. Canfora, 'Lo storico nella polis', *Giornale di storia on-line*, 19/05/2009, disponible en <http://www.giornaledistoria.net>

² M. G. Pastura, *Le fonti, come e perchè*, en M. Caffiero y M. Procaccia (eds.), *Vero e falso. L'uso politico della storia*, Donzelli, Roma, 2008, pp. 27-40.

³ S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Laterza, Bari, 1966, vol. II, t. I, pp. 141 y ss.

Bien, fue en aquella ocasión cuando quedé sorprendido al leer, en las páginas de Mazzarino, que algunas grandes familias romanas -la gens Julia o la gens Flavia, por ejemplo- promovían la elaboración de historias que tomaban como origen los míticos héroes epónimos; narraciones elaboradas por evidentes razones políticas, esto es, para dotar de orígenes ilustres, blasones y poder a las familias más prestigiosas de la sociedad romana. Fue este mi primer descubrimiento intelectual de un “uso político de la historia”. Una práctica antigua, por tanto, como bien ilustra Canfora con muchos otros ejemplos.

En la fase actual, los estudios históricos (e incluso algunos otros) se encuentran frente a un reto: “la transformabilidad de la memoria y de la historia en mercancía de la industria cultural”

Quiero recordar que este uso antiguo, este permanente recurso en las sociedades humanas, de la manipulación de la historia para fines políticos, fue reiterado en 1972 por Hannah Arendt. La pensadora alemana, en un texto de título *La mentira en política: Reflexiones sobre los Documentos del Pentágono*⁴ -en el que reconstruía las razones que fundamentaban la declaración de guerra de Los Estados Unidos contra Vietnam- recordaba casi con rabia que “la mentira y la deliberada negación de la verdad fáctica usadas como instrumentos legítimos para la obtención de fines políticos nos han acompañado desde el inicio de la historia escrita”.⁵

Estamos, por tanto, ante un hecho “eterno”. Pero Arendt añade, un poco más adelante, una reflexión que nos introduce en un elemento de especificidad destinada a connotar de manera original nuestro tiempo. Escribe Arendt: “la manipulabilidad humana se ha convertido en una de las mercancías principales vendidas en el mercado de la opinión pública culta”.⁶ Esta nota es para nosotros de evidente interés porque en este caso no nos ilustra sim-

plemente un fenómeno consuetudinario que recorre de manera constante la historia milenaria de la sociedad. Arendt no se limita a denunciar la práctica, en cierto modo eterna, de la manipulación que los poderes dominantes cumplen de los hechos, su representación y su transmisión. La autora denuncia y señala un fenómeno completamente nuevo: el nacimiento de una opinión pública dotada de peso político y fácilmente influenciada. Y la llegada del mercado de las noticias, componente de la industria cultural y nuevo inmenso laboratorio de la manipulación por parte de los poderes dominantes de nuestra época. Tal novedad, evidente respecto al pasado, no ha sido solamente ofrecida y representada por la entrada en escena del periodista, aunque sí constituye un hecho nuevo, como subraya en su contribución Andrea Del Col, quien profundiza útilmente en este aspecto.⁷ En el periodista que hace de historiador y en el historiador que hace de periodista, se mezcla hoy una nueva figura, muy activa como sabemos, en la escena pública y en el mercado de las opiniones. Pero creo que es obligatorio permitir a tales novedades al menos un guiño a las “grandes transformaciones” que han fundado todas las demás. Se trata de una mutación de carácter estructural, un resultado general del capitalismo contemporáneo. En la fase actual, los estudios históricos (e incluso algunos otros) se encuentran frente a un reto: “la transformabilidad de la memoria y de la historia en mercancía de la industria cultural”.

Esta es la novedad fundacional del escenario actual. Nos encontramos frente a una mutación del orden, inicialmente económico, que imprime un carácter bulímico y compulsivo a lo que nosotros llamamos “revisiónismo”. Las verdades aclaradas y generalmente confirmadas y aceptadas históricamente son mercancías que se quedan rápidamente obsoletas en el mercado cultural. No se venden fácilmente, es más, *ya no se venden*: es necesario, por tanto, manipularlas, hacerlas novedosas, sensacionales, para encontrarles nuevos compradores. Si se quiere vender, y la industria impone vender, ino se pueden ofrecer al cliente los stocks! Por otra parte, es evidente que las verdades históricas se parecen cada vez más a las noticias, o a las *news*, por usar un término anglófono que, en este caso, es más adecuado. Y las *news*, por definición, tienen que ser siempre nuevas, cada

⁴ H. Arendt, *La menzogna in politica. Riflessioni sui Pentagon Papers* (1972), Marietti, Génova-Milán, 2006. [El ensayo, publicado en 1971 en *The New York Review of Books*, se encuentra en castellano en *Crisis de la república*, Taurus, Madrid, 1998. Las páginas señaladas en las siguientes notas hacen referencia a la edición italiana (N. de t.)]

⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ A. Del Col, *La divulgazione della storia inquisitoriale tra approssimazione e serietà professionale*, en M. Caffiero y M. Procaccia (eds.), *Vero e falso...*, op. cit., pp. 83-102.

día diferentes. En cambio una verdad histórica es estática: se exige, se tiene que transformar, embellecer, presentar con un nuevo envoltorio, de otra manera, porque es el mercado el que lo pide.

Así pues, recordamos no solo que la historia ha sido fagocitada por la “trituradora” de la industria cultural, sino que hoy, esta misma industria está obsesionada por la productividad a ultranza. La rápida obsolescencia de todas las mercancías ha arrastrado en su vorágine incluso a la “mercancía” historia. Es este horizonte la frontera que delimita nuestro campo de actuación y debemos ser conscientes de ello. ¿Cuántos fenómenos de nuestro tiempo, acontecimientos incluso sorprendentes de la vida cotidiana encuentran justificación, en última instancia, en la máquina infernal en la que se ha convertido el llamado desarrollo, esto es, el capitalismo del crecimiento infinito de nuestros años? ¡Cuánta ceguera y habladuría en los comentarios prepotentes y ensordecedores de los periódicos y de la televisión, incapaces de dar una mirada a la caldera de la que proviene el borboteo que agita las cosas!

La revisión historiográfica tenía por lo tanto, en el fondo, el proyecto no declarado de favorecer a través de una mutación del imaginario histórico y cultural de la opinión, una nueva estructura moderada de la sociedad italiana. Un intento de estabilización conservadora y de nuevos equilibrios de poder

Dejo a un lado, por el momento, esta reflexión introductoria para intentar dar a la discusión una contribución de historiador contemporáneo, entreteniéndome con una cuestión que, en realidad, muchos de vosotros conoce, pero sobre la que creo que es útil volver y reflexionar ahora. Además, porque las contribuciones de los historiadores contemporáneos tienen menos peso en la economía del volumen que tratamos, aunque, hay que decirlo, los ensayos de los modernistas no dejen de asomarse al “hoy”, en la llamada dimensión del uso político de la historia en nuestros días. El ensayo de Marina Caffiero, por poner un ejemplo, está centrado, sobre todo en la primera parte, en estos aspectos.⁸

⁸ M. Caffiero, *Libertà di ricerca, responsabilità dello storico e funzione dei media*, en M. Caffiero y M.

Todos vosotros sabéis que Italia ha sido el centro -y lo sigue siendo- de un importante proyecto de uso político de la historia con una ambiciosa finalidad estratégica. Se trata de un acontecimiento nacional que se enmarca plenamente en el esfuerzo constante, de dimensión europea, de volver a examinar las bases de legitimidad de las grandes transformaciones de la edad contemporánea: los cambios que van desde la Revolución francesa, a la Revolución de Octubre, hasta la Resistencia antifascista. En Italia el origen de este proyecto data de 1995 con el libreto/entrevista de Renzo De Felice, *Rosso e nero*.⁹ Brevemente recordaré que la finalidad de este libro, y de las diferentes entrevistas sobre los mismos temas concedidas al *Corriere della Sera* y al *Giornale*, era dar legitimidad política a la derecha fascista, marginar y reducir el peso político y el aura cultural del Partido Comunista Italiano, mediante una nueva visión de la Resistencia y del papel de los partisanos en la guerra de liberación. La revisión historiográfica tenía por lo tanto, en el fondo, el proyecto no declarado de favorecer a través de una mutación del imaginario histórico y cultural de la opinión pública, una nueva estructura moderada de la sociedad italiana. Un intento de estabilización conservadora y de nuevos equilibrios de poder.

Creo que hoy se puede decir que los ideólogos de este proyecto consiguieron, en su intento, alcanzar el objetivo propuesto. Con toda la corresponsabilidad de la contraparte política que experimentaba el redimensionamiento y la denigración, que obviamente queda por establecer. Yo creo que esta última ha sido cuantiosa y ciertamente decisiva, pero estas son opiniones personales que aquí no han lugar. Aun así, no puedo terminar sin añadir otra consideración de tipo político-historiográfico. Estoy convencido de que la posibilidad de volver a crear un horizonte político menos desalentador que el actual pasa por una reconstrucción no superficial de los caminos que han llevado al levantamiento de este edificio revisionista. Sería hoy muy útil que algún historiador reconstruyera con sistematicidad los múltiples nexos, los pasajes, las tramas entre la manipulación de la historia nacional en los últimos treinta años y los sistemas moderados que se han ido afir-

Procaccia (eds.), *Vero e falso...*, *op.cit.*, pp. 3-26.

⁹ R. De Felice, *Rosso e nero*, P. Chessa (ed.), Milán, Baldini & Castoldi 1995. (trad. cast.: R. De Felice, *Rojo y negro*, trad. Juana Bignozzi, Barcelona, Ariel, 1996)

mando y consolidando en la sociedad italiana.¹⁰ Se podrían hacer descubrimientos interesantes, además de producir un tipo de historia en gran parte inédito: el que une el uso político del pasado y la lucha política, los ajustes programáticos de los partidos. E incluso el rol político, no siempre explícito y hasta encubierto y subterráneo que tuvieron los historiadores, podría ser desvelado gracias a una investigación no ocasional ni rapsódica. Y sobre este tema, en el texto que aquí presentamos, se recuerda un episodio interesante.

Corrado Vivanti, en su interesante ensayo dedicado a Machiavelli¹¹ (de quien también habla ampliamente Canfora) recuerda cómo Renzo De Felice -que sabía que Mussolini era el autor del ensayo introductorio, en 1983, del primer número de la revista *La difesa della razza*-, calló y mantuvo en secreto el hecho. Él poseía este escrito anónimo y estaba al corriente de las infamias que contenía, que arrojaban una nueva y triste luz sobre el jefe del fascismo, y no lo reveló. Un silencio, comenta Vivanti, que representa una “violación de nuestra profesión” e incluso una “falsificación histórica”.¹² Pero evidentemente el hecho turbaba no tanto la conciencia de De Felice, en calidad de historiador, como las precarias coherencias de sus intendentes políticos. Pequeño, pero sustancialmente clamoroso ejemplo del venir a menos de aquella prohibición intelectual que transforma lo histórico en militante de una facción política. Dignísimo rol, este último, si es bien entendido; menos digno si queda subordinado y tergiversa la verdad histórica con fines impropios y parciales.

Recuerdo también aquí el caso, conocido por todos, de otro historiador cuya figura reviste un cierto grado de ambigüedad y ambivalencia que no se encuentra en De Felice.

Ernesto Galli della Loggia -historiador y periodista, y también incansable productor de continuas noticias para el periódico en el que colabora, el *Corriere della Sera*, obsesionado “por su profesión” en analizar la Historia- escri-

bió en 1996 *La muerte de la patria*¹³: uno de los más ideológicos y burdos intentos de socavar los fundamentos del Estado republicano. Se trata de un diseño que posteriormente fue perseguido durante mucho tiempo por las mismas razones que habían inspirado a De Felice.

A este respecto, quiero recordar un testimonio personal de un libro menos conocido que el que acabo de citar: se trata de un texto de varios autores titulado *Miti e storia dell'Italia unita*, publicado por il Mulino en 1999.¹⁴ A saber: en este volumen de poco más de 200 páginas se reconstruyen veintisiete “mitos” que en Italia habrían oscurecido las mentes de los contemporáneos en los cinco decenios de la segunda mitad del siglo XX. Entre estos mitos figura el de la “programación económica” de los años sesenta, el mito de las llamadas “reformas de estructura” de *togliattiana* memoria, del “bandolerismo”, del “fascismo y gran capital” (sic!). Además, en la introducción de Ernesto Galli della Loggia y Giovanni Belardelle, está presente la explícita declaración de que el punto de mira y el objetivo de esta atención crítica son, en su opinión, los creadores de estos “mitos” historiográficos que han ensombrecido la lucha política en Italia, esto es, los políticos de la izquierda; estudiosos e intelectuales que naturalmente se prepararon para el engaño, para la fabricación de estas nubes ofuscantes, de estos cuentos que hicieron circular con protervia para manipular a las masas. Entre los mitos evocados por Galli della Loggia -que se presenta con desenvoltura periodística, hay que decirlo, como historiador del “bandolerismo”- está la hipotética relación entre el “bandolerismo” (y el mundo campesino como mundo de los “bandoleros”) y la política del Partido Comunista Italiano que habría alimentado el mito del “bandolero” como campesino rebelde contra el orden establecido y, por lo tanto, prototipo del revolucionario moderno. El mayor partido de la izquierda y la izquierda en general habrían utilizado, en este sentido, el mito del “bandolero” italiano para cautivar a las masas, seducir a los jóvenes con fantasías revolucionarias y alimentar rebeliones violentas.

Es evidente que se trata de invenciones absolutamente risibles que cualquier tribunal

¹⁰ Recuerdo aquí las contribuciones en este sentido proporcionadas a la prensa nacional por Angelo D’Orsi y Sergio Luzzatto, este último las ha recogido recientemente en el volumen *Il Sangue d’Italia. Interventi sulla storia del Novecento*, Manifestolibri, Roma, 2008.

¹¹ C. Vivanti, *L’autografo e l’interpretazione di un testo. Considerazioni sui Ghiribizzi di Machiavelli*, en M. Caffiero y M. Procaccia (eds.), *Vero e falso...*, op.cit., pp. 43-62.

¹² *Ibid.*, p. 47.

¹³ E. Galli della Loggia, *La morte della patria. La crisi dell’idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e Repubblica*, Laterza, Roma-Bari, 1996.

¹⁴ G. Belardelli et al., *Miti e storia dell’Italia unita*, Bologna, Il Mulino, 1999.

de oposiciones rechazaría con grave descrédito del torpe candidato. Todo el mundo sabe, al menos entre los historiadores contemporáneos, que el enraizamiento de la izquierda, del PSI -posteriormente Partido Comunista- se inició en las regiones de la Italia padana, marcada por la presencia de vastas masas de temporeros, y en la Italia central, dominada por aparceros. Y aquí, al menos a partir de la Italia unida, el “bandolerismo” no ha existido nunca. Quien conoce la historia de la segunda postguerra y del esfuerzo en las campañas del PCI y de la Federterra*, incluso en el Sur, sabe bien que se trató de un esfuerzo dirigido a contener las posibles *jacqueries* campesinas y a encuadrar las masas dispersas y aisladas del campo en organismos sindicales modernos y disciplinados. Al intentar dar cuenta de la elaboración de tal mito, el autor no consigue citar ni un solo texto de un historiador comunista que no haya intentado reconstruir un nexo de continuidad entre el “bandolerismo” del sur (fenómeno este, de rebelión ambigua y no siempre de tendencia progresista) con la política del Partido Comunista en el campo italiano¹⁵.

De cualquier modo, el ensayo más revelador de las intenciones políticas de Galli della Loggia es el dedicado a confutar lo que él mismo define como “el mito de la Constitución”. El autor sostiene que la acción del PCI en la lucha contra la DC (Democracia Cristiana) por no haber aplicado la constitución había sido instrumentalizada porque, en realidad, la DC tenía el derecho de ser moderada y de defender la Constitución. De este modo, Galli della Loggia, de manera claramente ingenua, critica la defensa que la izquierda de entonces hizo de los -cito textualmente- “contenidos solidario-estatales”¹⁶ de la primera parte de la Constitución. Estos principios, sostiene el autor, habrían sido ya rebatidos por la llegada a la escena política italiana, en aquellos años, de una fuerza política “liberal-liberista” -así la llama- que apareció finalmente en el horizonte de la vida política nacional: esto es, Forza Italia. Ni más ni menos. *Il cavalier* Berlusconi que avanza sobre un caballo blanco y viene a liberarnos y a hacernos más modernos a todos. Este es realmente un pasaje de antología en el que se puede admirar cómo el revisionismo, instrumento moderno del

consumismo cultural, se acerca cándidamente a la propaganda política. Pero, continúa el autor, aquellos contenidos de la Constitución aparecen ahora envejecidos a la luz de la orientación -cito de nuevo- “política e ideológica que desde hace tiempo prevalece en muchos países occidentales empezando por Estados Unidos y Gran Bretaña”¹⁷, esto es, el neoliberalismo. La Constitución Italiana, por tanto, queda afectada de “obsolescencia ideológico-cultural”; en conclusión, es ya como un hierro viejo porque mientras tanto había surgido una ideología lustrosa y brillante, nuevo nuncio de los cielos que hace parecer arcaico y anacrónico todo lo que ha tenido relación con las tradiciones solidarias de la izquierda. Con tan altos argumentos, naturalmente, la Constitución, esto es, la historia viviente de Italia, se convierte en un mito viejo y decadente, mientras que la ideología liberista sobre la que hoy se grava la responsabilidad y la ignominia de la más grave crisis económica de los últimos cincuenta años, representa la verdad finalmente revelada y desvelada.

¿Cómo puede responder a estos retos? (...) no tenemos más posibilidad que “jugárnosla en la Polis”, es decir, luchar en la arena pública para afirmar las verdades y las razones de la seria y fundamentada investigación histórica

Se pregunta, entonces, Caffiero en su ensayo: la historia seria, la que se basa en la investigación, ¿cómo puede responder a estos retos? Yo estoy de acuerdo con lo afirmado por ese maestro de estudios históricos llamado Canfora: nosotros no tenemos más posibilidad que “jugárnosla en la Polis”, es decir, luchar en la arena pública para afirmar las verdades y las razones de la seria y fundamentada investigación histórica. Porque la historia (que, lo sabemos, siempre es historia contemporánea e impone revisar continuamente el pasado para responder a las necesidades espirituales y cognoscitivas presentes) no nos da las verdades de la Física o de la Química, aunque estas mismas verdades estén, en definitiva, “sujetas a la historia”, en cuanto que resultan “falsificables” a lo largo del

¹⁵ Cfr. P. Bevilacqua, ‘Miti, contromiti e vecchi merletti. Sulle malattie infantili della storiografia politica Italiana’, *Meridiana*, n. 33, 1998, pp. 217-241.

¹⁶ G. Belardelli et al., *Miti e storia dell’Italia unita*, op.cit., p. 198.

¹⁷ *Ibidem*.

* Siglas de la *Federazione nazionale fra i lavoratori della terra*, la organización sindical fundada en Bolonia en 1901. Tras la guerra cambió el nombre por el de Confederterra, y se adhirió al Cgil. (N.de t.)

tiempo. ¿Cuántas verdades de la ciencia han quedado obsoletas? Sin embargo, esta es justamente la fuerza y la belleza de la verdad histórica: que es una verdad discutible, una verdad que continuamente se pone en entredicho.¹⁸ Por otra parte es cierto que la verdad histórica debe quedar necesariamente anclada a certezas básicas. Sus narraciones, discutibles cuanto se quiera, necesitan estar ligadas a principios, a valores, a hechos no sujetos a las asperezas cambiantes de la polémica política. La toma de conciencia de que la verdad histórica obliga continuamente al diálogo y a la discusión, de que no se deposita en una patente una vez en la vida, no tiene que hacer que corramos el riesgo de caer en un relativismo absoluto. Si esto pasara, podríamos llegar a la paradoja -por poner un ejemplo adecuado a nuestro caso por tantas razones- de tener que aceptar que los partisanos y los *repubblicchini** están en el mismo nivel en cuanto a evaluación histórica y al juicio moral, porque ambos se comprometieron, con una sincera fe política, a perseguir ideales desinteresados aunque contrarios. Y también porque quedaron ennoblecidos por el sacrificio de la vida. Aparece aquí evidente cuál es el límite hasta el que se puede forzar la “discutibilidad” de la historia.

Yo creo, por tanto, que, siendo realistas, la posibilidad de arrojar luz y hacer prevalecer las verdades discutibles de la historia, depende, en última lugar, de la fuerza de las instancias culturales y científicas que un país posee. Cada sociedad tiene que poseer una comunidad científica, preparada, fuerte y prestigiosa.

El “caso Toaff” que retorna continuamente en el volumen *Vero e falso* ha sido en este sentido emblemático y ha evidenciado, tras las fuertes críticas lanzadas al libro desde el principio, una significativa capacidad de reacción de la historiografía italiana. Esta ha revolucionado toda la opinión pública nacional. Es verdad que esto no sucede con todas las obras pero una comunidad científica con sus revistas, sus instituciones y sus organismos es perfectamente capaz de contener las mentiras y las manipulaciones de los datos históricos.

Ciertamente, en los últimos tiempos, los historiadores, sobre todo en Italia, lo tenemos objetivamente difícil, estamos a la defensiva. Y

sin embargo creo que no hay otra vía posible si no es esta: crear instancias de autoridad cultural que intervengan, que juzguen, que guarden la memoria de forma alta y documentada. No es precisamente recomendable una verdad histórica defendida por el poder público.

Y justo por eso -y perdonad si concluyo con esta observación que nos une inmediatamente a la crónica de nuestros días- nosotros tenemos una necesidad ineludible de universidades públicas, de lugares de formación y transmisión de la cultura no subordinados a intereses particulares. Imaginad qué podría pasarle a la historia en Italia si nuestras universidades se privatizaran. Nosotros tenemos la necesidad vital de que los estudiosos sean autónomos e independientes del poder económico, en primer lugar, pero también del poder político. Y es en la libertad de la comunidad científica en la que se basa la posibilidad de tener la verdad histórica en la que creemos.

Naturalmente, el otro gran aspecto del problema, al que ni siquiera he aludido, es el espacio de comunicación y de información del que disponen los historiadores que investigan y no son periodistas. La cuestión, obviamente, está íntimamente ligada a la calidad de la democracia de que un país dispone. La posibilidad de tener voz, por parte de los ciudadanos, tiene mucho que ver con la posibilidad de los historiadores de defender las verdades provenientes de la investigación. Y es revelador hoy descubrir en Italia el nexo, ya evidente, entre la caída de la democracia y las incursiones manipuladoras llevadas a cabo en nuestro pasado. Es este un grave y gran problema al que probablemente solo la red y la comunicación a través de internet pueden ofrecer una solución importante hoy en día, y que ha de ser enteramente explorada y experimentada.

**Traducción de
María Antonia Blat Mir**

¹⁸ Permitan que remita a mi trabajo *Sull'utilità della storia. Per l'avvenire delle nostre scuole*, Donzelli editore, Roma, 1997, pp. 115 y ss.

* Fascistas seguidores de Mussolini durante la breve República Social Italiana.